

Ni cuento ni na...

La gota

Tac... tac... tac...

Sí..., soy una gota..., una simple gota de agua que cae del alero de ese viejo tejado sobre la acera de una calle más vieja aun. Ahora, con la canícula, se me mira con sorpresa. Pero no hace aun una hora que ha llovido y nadie tiene por qué preguntarse: ¿De dónde sale esta retardada?

El indígena de esta calle sabe que nazco de la maraña musgosa crecida entre las descoloridas y rotas tejas de «mi» casa y que incluso resisto sequías de muchos días. Claro que entonces no hablo con la verborrea de ahora, sino medio adormilada, pero ¿a quién no afecta el calor?

En fin, que «casi» soy perenne. Sí, lo «soy», porque aunque soy siempre distinta, soy siempre la misma. No es difícil comprenderlo, creo yo. Soy como los días, siempre iguales y siempre distintos, y siempre tiempo. También ellos caen, y caen como yo, lentos en verano, rápidos en invierno...

Una gota tan vetusta ¡cuántas cosas podría contar! Pero soy discreta y me las callo. No quiero parecerme a las chismosas del tercero izquierda y del segundo de al lado: meticonas, «shalsheras» e hipocritillas insultonas. ¡Si hasta a mí, que vivo tan entregada a mi oficio de gota, me llamaron asquerosa...!

En fin, vale más callar. ¡Ay, pero no puedo! Mi tac, tac, ha de seguir so pena de mi extinción, y tengo que seguir hablando, goteando día y noche, noche y día, tac... tac... tac...

Veo cosas que no quiero y otras que desearía hacerlo más a menudo, aunque estas son las menos. También chismeo de lo lindo con las motas de polvo cuando las hacendosas amas de las casas circundantes, tras mirar que no haya un guardia a la vista, sacuden las alfombras. En verdad que no sé por qué lo hacen. El polvo se ríe, sale a paseo, se airea y vuelve donde estaba impulsado por el viento. ¡Viejo quídam bur-lón! Ahora lo pasa bastante mal con las aspiradoras, chismes antipáticos y sin alma. ¡Cuánto más familiares y amigas me son las escobas! Estas sí que sacuden bien el polvo, y no solamente el de las alfombras. Que se lo pregunten, si no, al marido de la del primero. ¿Dónde estaría el pobre si su mujer utilizase la aspiradora para lo mismo que utiliza la escoba?

¡Uy, pero qué ganas de hablar tengo hoy! Claro está que aun están los tejados mojados por la reciente lluvia. Ya amaneció hace rato, pero aun es muy temprano. Algunos —muchos— trasnochadores cantan y «racataplanean» con cacerolas viejas. No iban a desaprovechar esta ocasión de hacer

ruido y que la gente se asome a los balcones para verlos, aunque solo sea para colgarles todos los epítetos existentes y algunos otros. Eso solo pueden hacerlo ellos y los futbolistas de fama. Claro que «ellos», si lo hacen, es porque son Magdalenas. Hoy es 22 de julio, y la verbena de ayer duró hasta las dos y media de la madrugada de hoy...

La verdad es que a mí no me enojan. Nada puede enojarme hoy. Estoy temblando de nerviosismo esperando los primeros cohetes del día, este día que, yo no sé por qué, tiene ciertos



effluvios emotivos, ciertas cadencias alegres y melancólicas a la vez, un algo que llena el alma de gozo y los ojos de lágrimas. ¡¡Magdalenas!! Hay que ser «errikosheme» para sentir esa delicada mezcla de emoción y júbilo, indefinible pero cierta, y no solo la banal alegría de la música y del jolgorio.

¡Ya sonaron los primeros cohetes! Pero antes han llegado a mí los clarines y redobles de la diana militar. Más tarde vendrá la bullanga de los muchachos ahogando el pastoril sonar del chistu y tamboril que acompañan a los gigantes y cabezudos. Luego... una gran paz invadirá mi calle, mi vieja y amada calle en la que nací y moriré cuando derriben esta añeja casona.

En esa paz momentánea es muy dulce el soñar. ¡Tantas y tantas cosas se añoran de las Magdalenas de antaño!

Pero, estamos en «HOY». Ahí va una muchacha llevando flores. Desde mi alero alcanzo a ver que se dirige a la Basílica de la Magdalena ¡Tac... tac...! Ahora que la veo entrar sé del destino de esas flores: el adorno de la imagen de nuestra excelsa Patrona para la solemne procesión en la cual se la lleva a imperar, por unos días, en la Parroquia. No tengo más que cerrar los ojos y verla pasar junto a mí, solemne, abstraída en la contemplación del crucifijo... Entonces, cierto rubor me invade. Un rubor de gota, claro, pero no por ello menos rubor. Ahora que tanto dinero se gasta en trapitos, ahora que hasta los hombres se dejan llevar de los caprichos de la moda, ahora... veremos una vez más a nuestra eximia ex-pecadora con el mismo «vestido» de siempre, descolorido, sospecho que hasta con remiendos, pobre y vergonzante para cualquier renteriano que se precie. ¡Claro, como no «alterna» por ahí y solo toma café en el cielo! No son muy rumbosas las gentes de hoy por las trazas de nuestra pobre Magdalena. ¡Ay! Tac... tac... tac...

Ya se acercan los barrenderos aprovechando este «claro» en el bullicio. Son dignos de ser vistos y ciertamente admirados. ¡Hay que ver la rapidez y seguridad, la facilidad con que desaparecen los cajones de basura sin que el camión cese de rodar ni un instante. Si yo no fuera gota les aplaudiría (Ahora que, entre nosotros, creo que esa sultura la adquirieron haciendo gimnasia con José Luis, en el campo de deportes del Club Atlético).

¡Tac... tarractctctctc... tac... tac... tarrrrrrr...! ¡No! No soy yo que goteo furibunda cual si fuese víctima de un ataque de hidrofobia —¡qué idiotéz!— sino una de las mil y tantas motocicletas de todos los tipos y tamaños que se apoderan de mi calle. Ahí están estacionadas por doquier, dueñas de las aceras, dueñas del tiempo y del ruido. ¡Ay, aquel silencio de antaño...!

Yo goteo y paso revista a mis recuerdos. Nunca fue tan estruendosa mi calle, ni creo que el pueblo todo. No hay silencio ni de día ni de noche, y los escapes «libres» petardean a las dos de la madrugada igual que a las dos de la tarde, sin que haya «uniforme» que diga esta boca es mía pese a los reglamentos y ordenanzas nacionales, provinciales y municipales. ¡Tactrrrr...! ¡Claro! Ya han despertado al chiquitín del primero. Ese morirá de un colapso cardíaco como no lo cambien pronto de calle... o de pueblo. ¡Al tiempo!

Allá viene uno de mis amiguitos, majo y travieso, cuyo padre cantaba, cuando tenía su edad aquello de:

*El burro de Pinillas tiene cuatro patas,
pero jugando al fútbol le gana a Galatas.*

¡Ay, qué tiempos aquellos! Viendo a este angelito que un día me comparó ante sus amiguitos con la catarata del Niágara, me siento como ese otro

amigo mío, anciano socarrón y pica-ruelo, que los días laborables en las horas «de punta», cuando se va o se regresa del trabajo en las fábricas, no deja pasar una moza sin su correspondiente requiebro... ¡Y lo merecen las hermosas nietas de las abuelas que el amó tanto!

Es simpática mi calle, pero ya no es lo que era. Recuerdo aquellas fiestas de antaño, aquellas fiestas cuyo *alma*

mater era Camacho, ¿lo recordáis...? a quien, no puede menos, Dios tendrá allá arriba como encargado de organizar los festejos celestiales. ¡Nadie lo hará mejor!

Ahora le tenemos a Zorrotz, voluntarioso pero solo. Si no fuera por él, ¡adiós celebración de la Octava del Corpus!

Pero, me voy a callar... Allá viene la Corporación Municipal con el Ca-

bildo Parroquial, los makildantzaris, txistularis y banda de música que vienen a recoger a la Santa. No quiero caer en el cogote de algún fiel acompañante. Estaría muy mal que soltase un taco cuando le recorriese la espina dorsal con mi frescura. Así que.. me callo. Además, ya se está burlando de mí ese antipático sol que no quiere dejarme gozar de este día tan señalado... Adiós, adiós... hasta el próximo chaparrón...

ALBERTO ECEIZA MICHEL

Al borde de la acera

Hay pueblos que son conocidos por diversos motivos. Gestas, batallas, reyes u hombres importantes, los han hecho famosos. Hasta Calatayud tuvo su Dolores.

Otros muchos, muchísimos, no pueden vanagloriarse de esto. Rentería es uno de ellos. No ha llegado todavía a la Historia, de no ser esta excesivamente minuciosa.

Pero, sin embargo, no es para desesperarse. Como ya se verá no tenemos por qué hacer los renterianos barbaridades para ser conocidos.

Siempre pensé de pequeño, creo que con cierta lógica infantil, que Rentería era el centro alrededor del cual giraban San Sebastián y hasta Madrid, igualito a como Ptolomeo creía en ciertas órbitas. París, Francia —entonces confundía yo las cosas, pues solo sabía nombres—, y demás, pertenecían a otro círculo más pequeño que el centrado por Rentería.

Con el tiempo crecimos mis conocimientos y yo, y con nuestro desarrollo, empequeñeció el pueblo. Entonces me fui dando cuenta de que la órbita de Rentería era diminuta y se confundía a lo lejos.

Cuando más tarde salí de casa y navegué por otras aguas, naturalmente, establecí contacto con nuevas gentes, y estas me preguntaban de dónde era. Yo, todavía ingenuo y pensando en la velada elíptica de mi pueblo, solía decir que había nacido en San Sebastián.

Si no llegaba a tomar más confianza con el interesado por el «choko» que oyó mis primeros berridos, así quedaban las cosas y pasaba por ser de Donosty, para la que siempre había algún cumplido.

Pero si con mi interlocutor llegaba a tener más amistad, le decía: «Bueno..., de San Sebastián precisamente no soy, sino de un pueblo de al lado, de Rentería —y añadía apresuradamente—, pero están muy cerca y, además, hay trolebuses, trenes y tranvías continuamente.» Con esto pretendía restar importancia a mi primera respuesta.

Precisamente entonces, al decir que había nacido en Rentería, fue cuando entré en sospechas de que nuestro pue-

blo no era tan desconocido como se cree a primera vista.

Me di cuenta de que con cierta frecuencia, los que me lo preguntaban, no todos ellos, pero sí bastantes, ponían una cara como diciendo: «¡Hombre, qué casualidad!». Yo, al principio, me extrañaba de la cultura geográfica de los otros, pero al preguntarles la razón de su conocimiento, fue cuando quedé sorprendido.

Y aquí es donde está lo bueno, precisamente. Tres eran los principales motivos de su saber.

El primero de ellos es el más universal que tenemos, exportamos e ingerimos los renterianos, las «María Olibet». Sí, señor; de todos los que conocían nuestro pueblo, aunque parezca raro, la mayoría de ellos era por motivo de haber degustado la acreditada galleta, y la cosa no es de extrañar, pues ya se sabe aquello de «Rentería, cuna...».

Para darse mejor cuenta de los otros dos motivos —que cuando no famosos, nos hacían, al menos, sí conocidos a los renterianos—, hay que tener en cuenta por dónde transcurrían entonces mis singladuras. Era por la llorosa, triste y nunca bien ponderada Galicia, como la cantara la no menos triste y melancólica Rosalía; de ahí que se confundiera, precisamente, con su tierra.

Pues bien, el segundo motivo fue otro inesperado, al menos para mí. Rentería no había pasado al olvido de muchos por culpa de cierto restaurante de emplazamiento semiveneciano. Si antes fueron galletas, ahora eran ciertas patatas... Parecerá raro, pero así es. Algunos gallegos —que comen también lo suyo—, habían pasado por aquí, y al verse envueltos en las sabrosas tufaradas de su cocina, se quedaron a probarla, demostrando poseer buen juicio y mejor paladar. Así quedó grabada en ellos la impronta de nuestro pueblo.

Los que alegaban el tercer motivo eran ya más escasos, pero no tanto como pueda parecer. Había sucedido que al pasar por aquí, por carretera, camino de la frontera, lo hicieron en tarde de domingo.

Nosotros no nos damos cuenta de la algarabía que armamos un domingo cualquiera y del jaleo que satura el ambiente. Cualquier forastero que pase por la Alameda en día de baile queda asombrado, y más si es gallego, por estar hecho a otra clase de alegría no tan escandalosa y explosiva como la nuestra, sino más íntima y arreman-sada. De ahí el que nos parezcan tristes.

Como digo, todos los que al pasar coincidieron con un baile, habían arri-mado el coche al bordillo de la acera, y ya fuera por estirar un tanto las piernas o por nuestra alegría contagiosa, el caso es que consumieron un buen rato contemplando el inusitado espectáculo. Y, cosa curiosa, todos me decían: «Debíais estar en fiestas. ¡Qué fiestas tenéis!». Y la mayoría de ellos se equivocaban, pues eran simples domingos.

Éstos son los motivos principales por los que nos conocen, al menos por tierras celtas, las personas con quienes me he encontrado. Es natural el que entre ellos no incluya los de índole personal.

De todo esto creo que se saca, como consecuencia fácil, la de que se nos conoce más que nada por hechos de orden culinario o por la alegría que derrochamos. La verdad es que no son malas cartas credenciales ambas cosas.

Al ver que se nos conocía más de lo esperado, decidí en adelante no ocultar el verdadero nombre de mi pueblo; y ahora lo nombro hasta casi con arrogancia.

Además, esto me sirve para clasificar en cierto modo al recién presentado, pues si recuerda a nuestro pueblo es señal de que sabe cuidar su estómago, o demuestra ser sensible al jolgorio, porque hay algunos que no llegan ni a eso.

Todo esto puede servirnos como motivo de consuelo, compensando el que en nuestro suelo no se haya celebrado ninguna matanza importante, ni sentara sus reales cualquier Dolores, al menos como la que se canta en coplas.

Y de unos días a esta parte cabe, además, a todo renteriano, el gozo de pensar que en adelante perviviremos en la memoria de los que nos sigan, por los recientes y sugestivos nombres que se han dado a las nuevas calles abiertas en el polígono de Iztieta...

J. DE ABAROAS